

ELITE Y CLASES MEDIAS EN EL RELATO “EL ORDEN DE LAS FAMILIAS” DE JORGE EDWARDS*¹

Nicolás Salerno Fernández

1. Características generales de la obra de Jorge Edwards

El relato “El orden de las familias”, publicado en la segunda colección de cuentos de Jorge Edwards, *Las máscaras*, es, por un lado, una de las piezas narrativas mejor logradas de la prosa chilena del siglo XX y, por otro, un texto significativo de la estética del primer Edwards. Esta etapa de su escritura comprende las obras producidas desde la publicación de su primer libro de cuentos, *El patio* (1952), hasta la publicación de su novela *Los convidados de piedra* (1978)². Hacemos la salvedad que nos referiremos sólo a su obra de ficción, excluyendo su vasto y valioso trabajo ensayístico.

Durante este período la obra del narrador está marcada por tópicos bastante similares a los de sus “compañeros de generación”: la llamada “Generación del 50”, no solamente por los que algunos de ellos, Claudio Giaconi entre los más destacados, profesaban sobre sí mismos, tales como la ruptura definitiva con el criollismo, la mayor ex-

NICOLÁS SALERNO. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica, Universidad de Chile. Doctor © en Literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile. Dirección electrónica: alcudia80@yahoo.com.

* Trabajo preparado para el seminario “Jorge Edwards a los 80” que se realizó en el Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile, los días 15 y 16 de marzo de 2012. Véanse en esta misma edición las ponencias presentadas en el seminario por Roberto Hozven, Sonia Montecino y Bernardo Toro, y en *Estudios Públicos* 125, las de Mario Vargas Llosa, Christopher Domínguez Michael, David Gallagher y Pedro Gandolfo.

¹ Agradezco a Roberto Hozven por sus comentarios y sugerencias a la versión preliminar.

² Adscribimos a la periodización que hace Roberto Hozven de la obra de Edwards en “La escritura de Jorge Edwards: hacia una mimesis solidaria” (p. 27).

perimentación en técnicas narrativas y la “universalización de la prosa chilena” (Godoy, p. 212), sino que además por otros tópicos que fueron recurrentes en las primeras obras de los autores que alcanzaron mayor notoriedad dentro este grupo de escritores que comenzó a publicar entre las décadas del cincuenta y sesenta: José Donoso, Enrique Lafourcade y Mauricio Wacquez.

Tales aspectos están relacionados con una estética literaria capaz de develar el código implícito, hermético e intrincado de la elite a la cual estos autores pertenecían, más allá de todo maniqueísmo ideológico³.

³ No son originales estos autores en su intento por mostrar la manera en que funcionan los distintos mecanismos de exclusión de la elite, pues este aspecto está presente desde la narrativa de Blest Gana en adelante, como hemos establecido en este trabajo. Lo que diferencia a autores como Edwards, Donoso, Wacquez y más adelante a autores como Adolfo Couve, es la forma a través de la cual llevan a cabo este develamiento, yendo más allá del realismo, experimentando sobre todo con lo monstruoso y lo grotesco mostrando no sólo la dimensión social que adquieren estas estrategias de control por parte de la elite, sino también el enorme poder simbólico que adquieren entre los “controlados”, determinando la identidad, el actuar y el decir de éstos.

Varios críticos y ensayistas han observado este aspecto en los autores mencionados. Roberto Hozven, en torno a la obra de Jorge Edwards, señala cómo la tenencia de un apellido “prestigioso” proporciona existencia social a quienes lo porten y el consecuente olvido en el que caen todos quienes no lo tengan, tal amnesia, apunta el ensayista chileno, deriva del origen mestizo de nuestra síntesis social y de su consecuente ocultamiento histórico: “olvidar un apellido corriente es olvidar la filiación con el indio así como disimular el mimetismo buscado con ‘lo blanco’” (Hozven, p. 9).

Hozven especifica que nuestra condición mestiza implica una enunciación mestiza, la cual conlleva un: “modo de estar disyuntivo en su propia manera de hablar y de ser. Por una parte vergüenza de los orígenes espurios contaminados de indio, así como, en un segundo grado, vergüenza de sentir esa vergüenza, vergüenza de descubrirse racista. Por otra parte, satisfacción por el blanqueo y la distancia social” (Hozven, p. 10). Esta enunciación antagonista, continúa el crítico, es lo que Bhabha llamó “la afueridad del adentro”, cuya fórmula expresa una apropiación resistida, resentida del otro, la que se produce de modo sutil y recíproco cuando los portadores de apellidos ilustres conversan con los de apellidos corrientes. Estos “parvení”, incluso estando dentro de la esfera de intereses y la cultura de la gente ilustre, no reciben un reconocimiento como iguales: están *entre* ilustres pero no con ellos. (Hozven 10). Ignacio Álvarez, citando a Leonidas Morales, observa cómo en la obra de Donoso su novelística se inserta en el centro de la problemática del poder: “La mirada del testigo, es un canal por el que circulan de manera ejemplar las relaciones de dominio y sumisión entre los personajes. En *El lugar sin límites*, por ejemplo, la mirada patral de Alejandro Cruz dicta incluso el orden de las sexualidades de quienes somete”.

Podríamos reconocer en el primer Jorge Edwards rasgos de la estética practicada por Donoso y Wacquez⁴ en sus primeras obras. Por un lado, la prevalencia de la representación de la intimidad, centrando la acción de sus relatos en el espacio físico de la casa, la cual adquiere una dimensión simbólica ampliamente tratada por la crítica. Por otra parte, está el tema de la decadencia de una vieja elite que ve cómo su estilo de vida comienza a ser sustituido. De la mano de este último aspecto va la fijación/obsesión con los tabúes de esta elite, secretos sórdidos, tenebrosos, escondidos tras el tupido velo de prestigio social, lo que Roberto Hozven ha denominado el “no libro” de la elite, suerte de memoria de subsuelo que:

Ocupa las páginas del “no libro” que muchos escritores chilenos comenzaron a escribir (Hernán Díaz Arrieta, Luis Oyarzún o José Donoso), pero que, cediendo a la censura del orden de sus familias respectivas, dejaron como “libro colectivo mutilado”. Se vieron obligados a “recoger cañuela”. “No libro” porque su escritura hacía un cortocircuito entre dos registros que la sociabilidad chilena ha mantenido rigurosamente apartes: el privado y el público, lo que se confiesa en la familia del hogar o de la calle, pero que se repudia en el estrado o en el púlpito. (Hozven, p. 12)

En la mayoría de los relatos del primer Edwards se describen aspectos de este orden al que se refiere Hozven, un orden tácito, como el mismo crítico nos señala, que debe ser transparentado a través del ejercicio de la memoria. El narrador de los relatos de Edwards, según Hozven, debe:

desplegar los intrínfulis públicos que alimentan la memoria privada y asumirlos como suyos, transparentar objetivamente los saberes tácitos (de la memoria colectiva) que estructuran las prácticas subjetivas de la memoria privada. (Hozven, p. 13).

⁴ Los rasgos propios de las obras de Donoso y Wacquez que coinciden con los de la primera obra de Edwards son advertidos por críticos como Eduardo Godoy Gallardo en *La generación del cincuenta: Historia de un movimiento literario (Narrativa)* (1991), Carlos Cerda, *Donoso sin límites*, Leonidas Morales, *Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit* (2004) y Brian J. Dendle, “La última obra de Mauricio Wacquez: *Epifanía de una sombra*” (2002).

La afirmación de Edwards, citada por Hozven, en la que el Premio Cervantes manifiesta que “la imaginación no es más que la fermentación de la memoria colectiva en la memoria individual” (Hozven, p. 14), nos permite entender el sentido de lo anterior, y también el del memorialismo de Jorge Edwards, el mismo que Hozven comprende:

Como rastreo y desarrollo de estas catástrofes colectivas silenciadas en la memoria individual. El memorialismo reencontra los procesos y efectos de estas catástrofes en la memoria de los cuerpos individuales. Las marcas, los rastros de las catástrofes se inscriben vindicativamente como fantasmas castigadores o como criptas mortíferas en el cuerpo social del individuo. (Hozven, p. 15)

Una de las principales “catástrofes colectivas silenciadas” que le interesa a Edwards, como hemos adelantado, es la de crisis de la vieja oligarquía chilena a mediados del siglo XX, la cual va de la mano con un notable ascenso de las capas medias: la incorporación de sujetos mesócratas a la elite y la modernización de ésta, que comienza a abandonar el paradigma señorial francés y europeo en general, para asumir el norteamericano, producto de las dinámicas sociales de la posguerra. Este cambio resulta fundamental para comprender la representación que se hace de los sectores medios en el relato “El orden de las familias”, por lo cual, nos detendremos brevemente a contextualizar este período en cuestión, particularmente en el ascenso de los grupos medios y los cambios experimentados por la elite. Para este efecto nos basaremos en tres obras: *Historial del siglo XX chileno*, de Sofía Correa, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rollé y Manuel Vicuña; *Santiago de Chile, historia de una sociedad urbana*, de Armando de Ramón, y *Por una vida digna y decorosa: Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*, de Azún Candina.

2. Chile a mediados de siglo: crisis de la elite tradicional y surgimiento de la “clase media”

A mediados del siglo XX la elite tradicional santiaguina experimentó una transformación gradual en su *modus vivendi*. Consistió básicamente en la renovación y diversificación de los cuadros dirigentes.

Desde la década de 1920 la elite fue testigo del ascenso de nuevos sectores sociales a sitios de poder (Correa *et al.*, p. 158). El triunfo de la “Alianza Liberal” en 1924 llevó al Congreso a un gran número de “elementos de la provincia”, representantes de la emergente clase media. Es más, con el triunfo de Pedro Aguirre Cerda en las elecciones presidenciales de 1938, los dirigentes del Partido Radical, abogados mesocráticos en su gran mayoría, llegaron a ocupar los más altos cargos en la República. Junto con estos nuevos grupos mesocráticos, existe una nueva capa de industriales de origen inmigrante, en su gran mayoría de procedencia árabe, quienes emprenden negocios en el sector textil con gran éxito, edificando fortunas que aún se cuentan entre las más prominentes de nuestro país (Correa *et al.*, p. 160).

La reacción de la elite tradicional ante dicha competencia social fue la de abrir espacios capaces de propiciar la integración de estos sectores que comenzaban a gravitar. Armando de Ramón enumera y explica el sentido de algunas de estas estrategias: la incorporación de pequeños y medianos industriales a los directorios de la Sociedad de Fomento Fabril (Sofofa), así como la de agricultores de provincia a la Sociedad Nacional de Agricultura. (S.N.A), gremios fuertemente ligados a la elite, que comenzaron a presionar a los gobiernos radicales para que el Estado impulsara el crecimiento económico a través de una política de sustitución de importaciones, lo cual, redundaría en un auge de la actividad industrial. Tales presiones dieron sus frutos cuando el presidente Aguirre Cerda crea la Corporación de Fomento a la Producción y el Comercio (Corfo), organismo estatal encargado de impulsar políticas económicas de industrialización a través de subsidios y beneficios tributarios (De Ramón, p. 219).

Estos mecanismos de cooptación de la clase media son explicados por De Ramón de la siguiente forma:

En mi opinión, después de 1930 este núcleo, instalado en Santiago, fue compartiendo cada vez más su papel con nuevas familias, más o menos en la misma forma que los viejos grupos aristocráticos coloniales pasaron a compartir su hegemonía con los inmigrantes británicos a principios del siglo XIX. Este método logró, en aquella época, y también ahora, una síntesis que dio gran flexibilidad a esta oligarquía y le permitió sobrevivir a los diferentes gobiernos surgidos entre 1932 y 1970. En este sentido, según la autora citada (María Rosaria Stabili), el grupo oligárquico, durante estos años, fue

el portavoz de la modernización de la sociedad y del Estado y su relación con la “clase media” estaría teñida de un fuerte paternalismo, ya que entre ambos grupos no habría “paridad”. (De Ramón, p. 219)

Este último aspecto que menciona De Ramón, la falta de paridad entre ambas clases, es algo que la elite no necesita evidenciar, al cooptar a los grupos medios indirectamente esto se hace tácito. Por otra parte, la elite, nutrida de ciertos elementos de la mesocracia y de los inmigrantes, experimentará notables cambios, a los cuales se refiere también De Ramón:

Volviendo a las características de la “clase gobernante renovada”, se puede decir que aquella oligarquía aristocratizante de fines del siglo XIX, con su estilo “coloquial y exhibicionista”, con sus largas estancias en Europa, con su costoso tren de vida, sus fiestas y sus paseos, dejó de estar presente en el escenario santiaguino. Posiblemente, la crisis de 1930 la obligó a reducir su estilo de vida. Tal vez, los cambios producidos en Europa y la creciente influencia del “modo de ser norteamericano” les dio nuevas pautas de comportamiento, modificando los valores y las actitudes. Probablemente, la subida de la clase media sirvió para ocultar a los viejos y a los nuevos miembros de la oligarquía. El hecho de que las clases altas santiaguinas, especialmente desde que emigraron desde los antiguos barrios de las calles Dieciocho y Ejército hacia las nuevas comunas del oriente de Santiago, dejaron de hacer ostentación de su estatus y su riqueza, replegándose a un estilo de vida más sobrio y sencillo. Sus casas antes dejaban a la vista la ornamentación de las fachadas y el mármol de los zaguanes y escalas. Ahora, en cambio, en los nuevos barrios, esas casas se replegaron al interior de los terrenos y quedaron ocultas detrás de gruesas murallas, de árboles y de otros obstáculos visuales. (De Ramón, p. 220)

Estos procesos de movilidad social ascendente, corrieron a la par con la consolidación de los grupos medios, los cuales se establecen como actores sociales de enorme gravitación política, económica y cultural. Estos grupos medios fueron los más beneficiados por los gobiernos radicales. La ampliación e intensificación de la función proveedora del Estado les reportó importantes mejorías en su condición de vida y de trabajo, al igual que la legislación laboral, que beneficiaba a los empleados por sobre los obreros (Correa *et al.*, p. 163).

Este ascenso de profesionales liberales, comerciantes minoristas, pequeños y medianos empresarios, funcionarios públicos, empleados particulares y medianos propietarios agrícolas, no puede entenderse sino a la luz del aumento de la burocracia pública y privada, derivada del desarrollo económico y del progresivo aumento de las competencias del Estado (Correa *et al.*, p. 165), así como de la expansión del sistema fiscal de enseñanza, que se convirtió en el principal canal de ascenso social.

Para la mayor parte de la historiografía resulta complejo caracterizar la identidad de esta “clase media” de mediados de siglo, pues se trata de un conjunto extremadamente plural en su conformación. En ella conviven grupos tan diversos y disímiles como pequeños y medianos empresarios, profesionales y empleados públicos y privados. Entre ellos había grupos eminentemente católicos, como también laicos y anticlericales. Sin embargo, para efectos del relato analizado, nos concentraremos en definir algunos de los rasgos típicos del empleado, para lo cual nos ceñiremos a lo establecido por Azún Candina.

Para la profesora de la Universidad de Chile el primer hecho que salta a la vista con respecto a los empleados es el que este “asalariado de cuello blanco” (Candina, p. 28) no correspondía a ninguna de las identidades asentadas y reconocidas en Chile de aire “colonial y campesino”, al que “nos han acostumbrado a ver como un Chile profundo y, originario, depositario de las más atávicas (y por lo tanto verdaderas) identidades patrias o nacionales, entendiéndolo a la nación, entre otras cosas, como una comunidad imaginada donde, por ejemplo, el *pije* y el *roto* ya tenían un lugar claro” (Candina, p. 28).

El empleado, con su traje de confección, pero traje al fin, con sus lecturas, con su cabello peinado a la manera de los caballeros y sus manos limpias, no calzaba claramente en ninguno de los roles de la galería de personajes emblemáticos de la nacionalidad. La misma autora sostiene que es posible que gran parte de la indefinición en la que ha quedado este personaje (el empleado) haya sido precisamente por falta de un referente en la construcción de nuestras supuestas identidades originarias, que nos remiten a un pasado rural, a partir del cual podemos sentirnos razonable y emotivamente seguros de ser distintos a los otros (Candina, p. 29).

Sin embargo, para la historiadora, los empleados, núcleo fuerte de la clase media de mediados de siglo, inmigrantes, hijos de, y ellos

mismos ex peones e inquilinos que dejaron el campo, se educaron en los liceos o en las escuelas técnicas y comerciales, logrando salir de la pobreza, pero no ascender a la clase alta por medio de las profesiones liberales o de los buenos negocios. Lograron generar una identidad:

Paulatinamente generaron una identidad y unas actividades propias, aunque la tensión de *ser* entre los más pobres y los más ricos nunca desapareciese. Se apropiaron e hicieron suyos los discursos que llamaban a abandonar los malos hábitos y las carencias atribuidas al mundo popular —la embriaguez, el derroche, el analfabetismo, la destemplanza y la suciedad— para asumir la responsabilidad laboral, el ahorro, la lectura, la limpieza y el buen trato con los demás. (Candina, p. 35).

Una identidad que no sólo provocó el desprecio de la elite, la cual no dudó en motejarlos de “siúticos”, “arribistas” o “rotos acaballeros”, como lo atestigua no sólo la historiografía sino que también gran parte de la literatura chilena, desde *Martín Rivas*, de Blest Gana, hasta *Oír su voz*, de Arturo Fontaine, sino también un distanciamiento con las clases populares, como explica Candina:

El empleado se distingue del obrero en su esfuerzo por ser diferente, más cuidado, mejor vestido, más educado, y es esa diferencia la que lo define frente a los trabajadores manuales, creando una distancia entre ellos. (Candina, p. 42).

De este modo el empleado, arquetipo del ciudadano de clase media, va generando una identidad, un lugar en la sociedad chilena, que, si bien no está exento de las tensiones a las que Candina alude, le permite diferenciarse y generar un discurso, y por qué no decirlo, un orgullo de clase, el orgullo de llevar una vida “digna y decorosa”.

3. “El orden de las familias” y la oscuridad de la clase media

3.1. Un orden urdido y perpetrado por las mujeres

El relato “El orden de las familias”, publicado por primera vez en la colección de cuentos *Las máscaras* (1967), forma parte del *corpus* de la primera etapa de la obra de Jorge Edwards, y como tal, es posible identificar claramente en él las temáticas (y obsesiones) del autor y

de, como hemos mencionado, los escritores más relevantes de su “generación”, tales como la decadencia de la oligarquía tradicional y la transformación que experimentan las capas altas de la sociedad a través del retrato de la intimidad de las familias y los complejos vínculos que existen entre éstas, más allá de la moral y sociabilidad tradicional.

En palabras de Eduardo Godoy Gallardo, quien ha llevado a cabo el estudio más minucioso que existe sobre los escritores de la llamada “Generación del cincuenta”, estos autores: “tratan de expresar la infrahistoria del continuo saqueo callado por la historia patrioter y falsa” (Godoy, p. 205), una infrahistoria plagada de mitos y tabúes que parten en la intimidad del hogar y contagian y contaminan a toda la sociedad⁵.

⁵ Esta idea está plasmada no sólo en el *corpus* del relato, sino desde el epígrafe de Henri Michaux: *Je dis seulement, chose générale dans le monde, que les femmes conservent l'ordre existant, bon ou mauvais. S'il est mauvais, c'est bien dommage. Et s'il est bon, c'est probablement encore dommage.* (Yo solamente digo cosas generales sobre el mundo, que las mujeres conservan el orden existente, bueno o malo. Si es malo, es bastante dañino. Si es bueno, es probablemente aún más dañino). Este “orden existente” está plagado de mitos, en el sentido barthesiano del término, es decir, de naturalizaciones de hechos históricos (Culler, *Barthes...*, p. 36) y tabúes que preservan un *statu quo* a un precio muy alto: la supresión de los deseos, de la voluntad de los individuos sometidos por éste. La anulación de la individualidad en pos de la aceptación de una colectividad, cuya pertenencia asegura prestigio, “visibilidad social”. La idea de que este orden nace en la casa y se transmite desde ésta a la sociedad está presente en personajes arquetípicos de la narrativa de Edwards y Donoso. En el primero, “la abuela bigotuda”, definida por Hozven como: “Las señoras poderosas, (que) encarnan el orden social establecido y rigen los acontecimientos y destinos de la narración” (Hozven, p. 19). En el caso del segundo están las brujas, aquellos seres maléficos que ocultan o trasvisten las transgresiones al orden, ligando este orden con algo maligno, perverso. Las brujas están presentes sobre todo en *El obscuro pájaro de la noche*, a través de las viejas “nanas” que habitan en la “Casa de ejercicios espirituales de la Chimba”, quienes urden males y controlan al “invunche” (o imbunche) mudo, creación, a la vez, de otra bruja, la Peta Ponce, “nana” de Inés, la mujer del oligarca protagonista Jerónimo de Azcoitia. El “invunche”, un ser mitológico, es una creación de las brujas (o brujos, mas en la obra de Donoso sólo hay brujas), que de acuerdo a lo planteado por Sonia Montecino: “representa a un niño sin bautizar, robado o regalado a los brujos para ser uno de los guardianes de sus cuevas. El niño señalado o raptado sufre deformaciones y torturas que lo convierten en una mezcla de humano y animal. En primer lugar los brujos le quiebran la pierna izquierda, por lo que camina dando brincos, luego le tuercen la cabeza hasta darla vuelta. También se sabe que se le obstruyen todos los orificios del cuerpo excepto la boca, se habla asimismo del invunche como un niño hinchado, de ano cosido, pierna pegada en la nuca y cabeza vuelta atrás. El invunche es criado solo y desnudo en la cueva, y jamás escucha una voz humana, por lo cual

La narración está ambientada en la ciudad de Santiago, en el Chile de mediados de siglo XX. El primer detalle que salta a la vista es la narración en primera persona *in extrema res*, con un tono marcado de resignación por parte del narrador protagonista frente a los acontecimientos, que se presentan como inevitables, y lo inevitable es justamente lo que su madre ya ha urdido: el matrimonio entre Cristina, su hermana, y el desagradable plutócrata José Raimundo, primo de Verónica, hija de unos amigos adinerados de la familia. El comienzo del relato es claro al respecto:

Ahora recuerdo que nos pareció muy natural, a pesar de lo poco que nos conocíamos, la invitación de Verónica al campo. Después supimos *que mi madre lo había arreglado todo*. Mi madre tenía bastante confianza con la familia de Verónica, *desde sus buenos tiempos*; además, *era experta en arreglar asuntos de esta clase*. En esos días, mi padre no se sentía nada de bien; estaba pálido, desencajado, y se le olvidaban las cosas. Poco antes de que partiéramos le vino una fatiga, a medianoche. Dormía mal y se pasaba las noches caminando por la casa. Decía que el mejor descanso, para él, era veranear en Santiago; pero nosotros adivinamos, a través de una conversación de mi madre con José Ventura, que *había hecho malos negocios y no podía pagar el arriendo de una casa en Viña*. (Edwards, p. 145).

Desde el comienzo se nos ratifica lo que señala el epígrafe de Michaux: las mujeres son las que sostienen el orden de las familias: traman, tejen, urden las historias de las familias y los destinos de los personajes, asunto frente al cual el narrador-protagonista manifiesta aquella impotencia que se tiene sólo ante lo inevitable. En este caso lo tramado por la madre es un matrimonio por conveniencia, en el cual esta hija ha de ser transada como moneda de cambio para superar el anonimato en que esta familia se encuentra sumida, pues el narrador nos hace notar que se trata de una familia que tuvo “buenos tiempos”, una antigua situación de privilegio, ya perdida.

crece sin aprender a hablar” (Montecino, p. 254). La misma autora se refiere al simbolismo del invunche en la obra de Donoso: “En la narrativa chilena ha sido José Donoso, en su novela *El obscuro pájaro de la noche* quien ha resignificado y restituido la imagen del invunche y lo ha propuesto como un modo de comprender ciertas características nacionales del encierro, lo contrahecho, lo monstruoso y la manipulación del poder” (Montecino, p. 247).

Existen varios signos de que la familia del relato poseía esta situación de privilegio.

En primer lugar, está la figura del padre, típico “inútil” de la narrativa de Edwards, quien es sindicado como el culpable de la decadencia familiar.

Este tipo de personajes, clásico del “bestiario” de la elite chilena, es caracterizado por Hozven como:

A quienes les falta todo en su abundancia, es su vergüenza irredenta de seres dedicados a no acabar nada: ninguno cumple con los ideales y severos requisitos que les exige el orden familiar. Ninguno puede ser un padre que inspire a sus hijos o un jefe capaz de conducir a sus empleados. Todos están privados de autoridad (ninguno funda algo o garantiza la existencia de nada). (Hozven, p. 22).

El hecho de ser un “inútil” liga a este personaje, y por añadidura a esta familia, a la elite. En el relato se muestran claros signos que corresponden a la caracterización citada: sus negocios van muy mal, lo cual implica que la familia no podrá tener su veraneo en el, por ese entonces, patricio balneario de Viña del Mar, contentándose con ir al fundo de los padres de Verónica.

Por otra parte, la descripción que se hace del padre tiende a resaltar su decrepitud, cuando no derechamente su patetismo. Veamos tres ejemplos. En ellos podemos apreciar claramente que es descrito como una figura desorientada, errática, perdida por la debacle económica, desautorizada y decadente: un perfecto “inútil”:

En esos días, mi padre no se sentía nada de bien; *estaba pálido, desencajado*, y se le olvidaban las cosas. Poco antes de que partiéramos le vino una fatiga, a medianoche. *Dormía mal y se pasaba las noches caminando por la casa*. (Edwards, p. 151).

Me acuerdo que desperté una noche y mi padre estaba en el dormitorio. Había encendido la luz y revisaba la mesa llena de libros. “¿No tienes aquí el guía de teléfonos, por casualidad?” ¡Qué idea! Nunca he guardado en la pieza el guía de teléfonos. “Es que ando buscando una dirección”, dijo él con las manos en los bolsillos del pijama, *la mirada errática, el pelo en desorden, los pantalones medio caídos*, salió al

corredor, donde también tenía la luz encendida. Tuve que levantarme, apagar la luz de mi pieza y cerrar la puerta. *Escuché su voz a través del muro, haciéndote la misma pregunta.* (Edwards, p. 152).

Cuando regresamos a Santiago, mi padre había empeorado mucho. El insomnio le impedía todo descanso. *En la mesa del comedor tamborileaba con los dedos y clavaba la vista en el vacío. Por momentos, el ritmo crecía y se tornaba inquietante.* Las comidas le parecían insípidas; después de probar dos o tres bocados, apartaba el plato con un gesto de repugnancia. *“Si no te gusta, no comas, pero no dejes los platos al medio de la mesa”.* Como única respuesta, el ritmo ascendente de los dedos. No es que no quisiera responder; *es que no había escuchado una sola sílaba. Olvidaba las cosas más elementales —ponerse la corbata, abrocharse los botones del marrueco, y hablaba con escasa ilación. Su costumbre de pasear durante la noche por los corredores y de entrar intempestivamente a los dormitorios se había acentuado. Ya no dejaba dormir a nadie.* Una vez que me despertó a las tres de la mañana discutimos acerbamente; *le cerré mi puerta con llave en las narices, temblando de furia.* Tengo la impresión de que estuvo largo rato al otro lado de la puerta, lelo, sin atinar a moverse, recordando de manera confusa que había discutido con alguien, con quién, sobre qué... (Edwards, p. 154).

La decrepitud y decadencia de la figura paterna busca resaltar el rol preponderante de las mujeres en este cuento, sobre todo de la madre, la que calza con “la abuela bigotuda”, tipo de personaje de la obra de Edwards al que hemos aludido y caracterizado. En este caso la “abuela bigotuda” es la madre, quien lee el declive del padre, un inútil sin remedio, y comienza a buscar una nueva figura masculina que proporcione sustento social y económico a la familia.

Su hija Cristina proyecta su frustración social, que reside en haberse casado con un “inútil”, y José Raimundo, el plutócrata primo de Verónica, es la proyección de la imagen masculina deseada. La debilidad de la figura paterna enfatiza la “deseabilidad” de José Raimundo por parte de la madre, de lo cual podemos deducir dos cosas: la primera es que el orden de las familias es urdido por las mujeres, pero también que a esta madre se le da un aura de bruja, de ser maléfico que mueve las piezas de este ajedrez social a su arbitrio, sacrificando las voluntades

de los otros en pos de su redención social. En el caso particular de este relato, la voluntad que va a “quebrantar” es la de la feble Cristina, único bien que puede transar en el mercado social chileno, Cristina debe sacrificarse por el orden de las familias, debe entrar a éste para evitar que toda su familia caiga a una zona oscura, en la cual, probablemente ni siquiera exista un orden.

En conclusión: el texto nos presenta una familia de la vieja elite venida a menos. Los personajes arquetípicos de la elite representada en la obra de Edwards (el padre como un “inútil”, la madre como la “abuela bigotuda”), las amistades con gente adinerada (la familia de Verónica), así como el lugar donde viven, Barrio Ejército, en el centro de la ciudad⁶, ratifican esta condición de familia de prosapia que ha caído, producto de los malos negocios del padre, en una situación que, si bien es percibida por ellos como de miseria, no es más que de “medio pelo”.

La familia cuenta con recursos para su subsistencia, un hogar en un sector claramente no periférico e hijos educándose. Su situación es vivida como una tragedia dada la antigua posición de que gozaban, posición que sólo se puede recobrar a punta de sacrificios.

3.2. Los hermanos

El casamiento por conveniencia, un viejo tópico criticado desde Fernández de Moratín, y quizás desde antes, por la literatura en lengua castellana, no aparece en el relato de Edwards planteado de manera explícita: ningún personaje, ni siquiera la madre, obliga ni intenta convencer a Cristina de que debe casarse con José Raimundo, es ella quien, presionada indirectamente por la madre, va cediendo a algo que le parecía absolutamente improbable, pues en un comienzo la actitud de Cristina frente al joven plutócrata es indiferente.

La indiferencia de Cristina se debe principalmente a que existe entre ella y su hermano una fuerte pulsión incestuosa, bastante más reprimida en ella que en él. Se percibe en el siguiente fragmento del relato:

Menos mal que a los padres de Verónica no se les ocurrió llegar esa noche. Tú nos metiste la cabeza debajo de la ducha, a

⁶ “Quiero dar una vuelta frente a los prostíbulos de San Martín antes de recogerme. Vivimos en Manuel Rodríguez”, dice el narrador protagonista hacia el final del relato (Edwards, “El orden...”, p. 168).

empujones y pellizcos encarnizados. Verónica, en la ducha, siguió cantando. Yo me serené, me sequé la cabeza y te quise besar. “¡Perdón, hermanita!” Retrocedías y yo trataba de alcanzarte en la oscuridad, conmovido. Al fin me toleraste un beso en los dedos de la mano izquierda. “¿Por qué no pololeas con él?”, dijo Verónica, “¡qué importa! Le pedimos permiso al Papa”. (Edwards, p. 148).

En esta escena, el hermano, producto del efecto desinhibidor del alcohol, trata de besar a la hermana, quien manifiesta una tenue resistencia. La hermana, poseedora del saber social que la inclina hacia la preservación del orden, rechaza este gesto que sería la trasgresión absoluta del orden que está llamada a preservar, pero que no le resulta atractivo.

Cristina, personaje complejísimo, experimenta una fuerte lucha interior: también la pulsión incestuosa, que es la promesa de salir de este orden, el destino impuesto, la ausencia de la libertad y la negación del instinto. Este deseo se expresa de manera muy clara cuando, antes de que todo se consume, planean con su hermano el futuro:

Decías que te cargaban los hombres, que jamás te casarías, que todas las insinuaciones y los desvelos de mi madre te producían un efecto exactamente contrario al que ella buscaba. Estaba resuelto tu ingreso a la universidad y anunciabas que te ibas a ganar la vida haciendo clases. Por mal pagadas que fueran. Necesitabas poco para vivir. Declaré que tampoco pensaba casarme. Quizás podríamos vivir juntos; aunque no ganaríamos gran cosa, se juntarían dos sueldos. Habría que dejar un fondo mensual para viajes, eso sí. Encontrabas que lo del fondo para viajes no era mala idea. No estaba mal. Aunque uno ganara más que el otro, tú más que yo, el dinero sería común y el fondo para viajes lo utilizaríamos en partes iguales. “O distintas. Si uno quiere viajar y el otro no quiere...”. Distintas. Algo fundamental sería la independencia; un pacto riguroso; nadie trataría de imponer reglamentos, fijar horas de llegada, rituales de cualquier especie. Las preguntas se prohibirían. Íbamos a contradecir el orden que procuraba establecer, por lo demás sin éxito, en medio de lamentaciones estériles, mi madre. Llevaríamos la negación de ese orden hasta sus últimas consecuencias. “¿No te parece?” ¿No estabas completamente segura? Decías que sí, que por supuesto. “¡Formidable!”, gritaba yo, levantando los brazos, exaltado” (Edwards, p. 153).

En este pasaje se ve el deseo, no sólo de los hermanos, de quebrar el orden, sino la sugerencia de que éste es una suerte de “fuente de la infelicidad”: un orden que implica matrimonio, roles definidos de antemano y “preguntas”, es decir, información y control. Por otra parte, Cristina sabe que su padre no podrá seguir sosteniendo económicamente a la familia, que la situación es insostenible. Todo se agudiza cuando finalmente el padre muere, y ella pasa a ser el único “capital” del que puede echar mano la familia para sobrevivir. Desde ahí, ella comienza tímidamente a ceder: acepta las invitaciones de José Raimundo, tratando de calmar a su hermano, quien comienza a perder el control:

“No se te ocurrirá casarte con José Raimundo, supongo...”. Te enderezaste de golpe, indignada. “Digo, no más; como lo ves tanto, ahora, y mi mamá lo cultiva en esa forma...”. “¡Se te ocurre! Además, le dije a mi mamá, si quieres saberlo, que no le hiciera tantas zalamerías. Llega a dar vergüenza ajena”. “Dile que no tienes la menor intención de casarte, con él ni con nadie. Que no se haga ilusiones”. “Le dije”. “¿Y qué te respondió?” “Nada. Las mismas cosas de siempre”. (Edwards, p. 158).

Sin embargo, la historia de Cristina ya ha sido escrita por su madre, quien, por un lado, no deseaba que su hija en quien se proyectaba, corriera su misma suerte: el anonimato producto del matrimonio con un inútil, y por otro, veía en esta unión de su hija con José Raimundo, hijo de una familia rica, la posibilidad de superar la mediocridad en la que ella misma también vivía.

Así, la “abuela bigotuda” comienza a tejer la nueva trama de la familia, de la cual su hija, es la protagonista principal. Así lo reconoce el narrador, quien muestra la frialdad con la que su madre urde el matrimonio:

Todo el dinero de la casa se gastaba en comprarte vestidos y en hacer comida las veces que venía José Raimundo. Mi madre, con tu aquiescencia tácita, vendió poco a poco los trajes de mi padre y algunos muebles; el segundo piso se fue desmantelando. Yo no pedía nada para mí. Dentro de dos años saldría del colegio y empezaría a trabajar. Eso era asunto decidido. Por lo demás, ninguna carrera universitaria me interesaba especialmente. *El capital de mi madre eras tú*; no había cuestión de pagarme seis años de estudios. (Edwards, p. 164).

La actitud casi carroñera de la madre la emparenta con las brujas donosianas de *El obsceno pájaro de la noche*, confirma la idea común de ambos narradores, Donoso y Edwards, en torno al origen del orden y a sus “costos de mantención”.

En este “proyecto” el hermano es groseramente postergado, pues se le condena a un futuro siniestro, como el de su padre. No va a ir a la universidad, no será tomado en cuenta, nadará en el mismo mar de mediocridad en que se hundió su padre, como él mismo lo asevera:

En cuanto a mí, a medida que pasan los años y se nota mejor que vegeto en un empleo mísero, se me instala con menos derecho a réplica en la barricada, mejor dicho, *la trastienda, que ocupó mi padre*. (Edwards, p. 166).

El hermano es, paradójicamente, quien narra toda esta historia, un hermano que cuenta el ascenso de su hermana a la elite mientras él se hunde en la oscuridad de la clase media: es un empleado, quien, en el tiempo de la narración, se encuentra tomando el té con su hermana ya casada con José Raimundo, lamentándose de un ascenso y un aumento de sueldo que nunca llega, consciente de su situación:

Para ahuyentar de la conciencia mi descanso, mis horarios de burócrata, con salida fija a las seis de la tarde, ofrezco preparar un trago. (Edwards, p. 165).

4. Orden, incesto y verbalización del descenso a las capas medias

Edwards pone en el centro de la historia incestuosa de estos hermanos la manera en que opera el “orden de las familias”, un orden que tiene alcances que exceden con mucho la esfera de la intimidad. La idea de representarlo a partir de la historia de esta familia tiene, a nuestro entender, un propósito ambivalente: por un lado, mostrar las causas de su persistencia en Chile, ligado a la transmisión y preservación que de él hacen las mujeres, a través de sutiles e implícitas maquinaciones que lo tornan invisible, y, por tanto, incuestionable. Por otro lado, creemos que Jorge Edwards intenta a través de su escritura “clarificar” este orden, reproducirlo a través de un fino juego de contrastes, personajes y técnicas narrativas, que le permiten poner de manifiesto su *modus operandi*. La narración en forma de soliloquio, la evolución de los personajes dentro

de los mismos arquetipos del *bestiario chilensis* (Hozven, p. 19) y la desarticulación de la prosa narrativa al final del relato, son todos procedimientos que le permiten a Edwards delimitar lo que está en este orden y lo que no.

4.1. La narración en soliloquio: confesión, develamiento del orden y trasgresión

Como hemos apuntado, el relato constituye la reconstrucción de los hechos que detonaron el casamiento de Cristina con el joven oligarca José Raimundo. Los acontecimientos son propiciados por la madre de Cristina y del narrador, quien lo hace con el propósito de escapar del presente ignominioso en que su marido, prototipo de “inútil”, los ha dejado.

El principal damnificado en esta situación es el hermano, no sólo porque con el matrimonio de su hermana sus deseos incestuosos han sido frustrados, y con ello, la posibilidad de escapar del orden, sino además porque en esta transacción él ha sido relegado a un segundo plano que colinda con el anonimato: para él ya no hay más futuro que trabajar de empleado, en un trabajo mediocre y rutinario, que le permita sostenerse a sí mismo y a su madre. Ya no irá a la Universidad, los recursos de la familia han sido invertidos en el “único capital”, su hermana, haciendo que el narrador protagonista se perciba a sí mismo como un pobre diablo, “digno” heredero de su padre.

Sin embargo, cabe preguntarse si es la trama urdida por la madre —“abuela bigotuda”— la que ha dejado al narrador en esta situación. Si entendemos a este personaje como otro de los tantos “inútiles” que inundan la narrativa de Jorge Edwards, deberíamos agregar que un rasgo propio de éstos, según Hozven, es el de ser “rebeldes sin convicción” (Hozven, p. 21).

El ensayista chileno retrata su relación con el orden de la siguiente forma:

Bajo el peso de la impunidad familiar que los protege y les impone su orden, estos inútiles terminan por ignorarlo, confundirnos con respecto a lo que ellos son. A fuerza de reprimir sus deseos, habitarán en el limbo trágico de los seres “a contrapelo”. Harán lo que el orden les estipula, pero a contrapelo de ese orden, interiormente frenado por el imperio oscu-

ro de un deseo renunciado. Rebelde sin convicción, pero con causa que no conocen bien, no podrán cumplir a cabalidad con lo que el orden les exige. U otras veces, cuando cristalicen su rebeldía, seguirán sus propios deseos pero “a media máquina”, acobardados por el orden de las familias que les impondrá un recato “derivado”, forma supina de negarse la satisfacción de la ejecución y el reconocimiento de su protagonismo. (Hozven, p. 21).

El narrador de este relato corresponde a la descripción hecha por Hozven; sin embargo, el hecho de que sea él quien controle el relato contribuye a hacerlo víctima, a situarse a sí mismo como el centro de una suerte de confabulación en su contra orquestada para privarlo de felicidad, cuando lo que ocurre no es sino la perpetuación de ritos sociales ancestrales de la elite chilena, que lo exceden, y de los cuales él no es más que una especie de residuo, incapaz de subvertirlos e incluso de ser parte de ellos.

Como hemos dicho, este narrador protagonista —el hermano— es quien reconstruye la historia, detallando cada uno de los pasos de la trama urdida por la madre, enfatizando, como hemos señalado, lo inevitable del proceso. Ahora, la conciencia de lo irremediable de los hechos es una conciencia adquirida por el narrador *a posteriori*, pues, al reconstruir su historia, él aparece como el más tenaz opositor a la relación que se gesta entre su hermana y José Raimundo.

Esta conciencia de la inevitabilidad del orden surge una vez que éste ha actuado y ejercido su poder de veto frente a las intenciones del hermano incestuoso, quien, devastado por el espectáculo de una vida carcomida por el anonimato y la mediocridad, no vacila en demonizarlo, demonización bastante lógica luego de que él ha acometido contra el orden y fracasado, pero también es reveladora, ya que a través de su narración es capaz de marcar los hitos de este ritual ancestral del casamiento por conveniencia. Así, marca los contornos de este orden, siempre tan esquivo y efectivo, quizás por su misma elusividad.

Si el orden es elusivo, tácito o implícito, la narración del hermano no lo es: a través de ella identifica claramente las bases del orden, el rol de los individuos dentro de él, quién lo trama, por qué lo trama y las consecuencias que implica el intentar transgredirlo. En este sentido, su victimización es la que le “permite” caer del orden y explicitarlo, algo que no podría hacerse desde dentro del mismo.

Esta “caída” que le permite verbalizarlo, y la técnica que escoge para ello, el soliloquio, son bastante significativas al respecto, pues permiten enfatizar la soledad e incomunicación en que se encuentra este sujeto luego de haber intentado desafiar al orden, pues tal desafío no le reporta más que la conciencia de su invulnerabilidad, relegándolo a un olvido aún más grande que el previo a su intento fallido.

La narración es un soliloquio dirigido a una mujer irremediablemente perdida, presente pero perdida, un intento frustrado de diálogo con un pretérito irredimible, pues la entrada de esta mujer —su hermana— al orden y su consecuente salida, la ha incomunicado y vuelto (aún más) inasequible para él.

Su soliloquio es el último y desesperado intento de comunicación con un otro que está incapacitado para entender, una suerte de confesión sin posibilidad de redención.

Ahora bien, ¿por qué razones este narrador querría confesarse? Porque sabe que ha caído a un lugar más profundo del que se encontraba antes de que todo sucediera, antes de que su hermana se desposara con José Raimundo: de un orden que despreciaba pero que lo sostenía, hasta un afuera que se presenta como oscuro y hostil, en donde no hay posibilidad alguna de arraigo, a tal punto que está obligado, pese a todo lo que ha vivido y a esa victimización que ha construido, a “normalizar” la relación con su hermana, lo que no es otra cosa que someter su voluntad a las normas de un orden que lo ha humillado y dejado caer.

De esta confesión, el soliloquio, podemos deducir que no es sólo lo estrepitoso de la caída lo que detona el relato. A través de él Edwards mostraría también el “pecado” que conduce a este personaje a la oscuridad. Éste no es otro que el incesto. Para Levi-Strauss el tabú del incesto no es una norma más: “sino el paso de la naturaleza a la cultura, la cultura pone orden al caos, si se transgrediera el tabú del incesto, se tendría que venir todo abajo” (Levi-Strauss, p. 58).

Así se evidencia que el orden se ha intentado transgredir, pero no sólo el de la elite, sino el pilar que sustenta la cultura occidental, de la cual esta elite chilena, y las latinoamericanas en general, se sienten representantes. Es este gran desafío a la superestructura del “orden de las familias” (orden de la elite), el que detona la caída del narrador en la oscuridad.

5. La oscuridad de la clase media

Hemos mencionado que el narrador protagonista, en el momento de la narración, es un burócrata, un empleado de medio pelo, que vive con una madre alcoholizada en un barrio de gente “venida a menos”. Es esta realidad la que el mismo emisor ficticio caracteriza como “la oscuridad”, pues sabemos que no es sólo la frustración del amor incestuoso lo que hace al narrador demonizar el orden y condenar su presente, sino el estado de decadencia económica y social iniciada por su padre y continuada por él mismo. Esta “oscuridad”, la invisibilidad social, el no reconocimiento y el anonimato, son, para quien perteneció a la elite, la ignominia de haber caído definitivamente y sin posibilidades de redimirse al escalón de más abajo: la clase media.

La metáfora de la oscuridad, a la que alude el narrador protagonista al final del relato para explicar su estado, se relaciona, por oposición, con el símbolo de la luz, que es cultura, civilización, belleza y valores a los cuales la elite siempre se asocia, designándose a sí misma como baluarte de la occidentalización.

Las elites latinoamericana y chilena se han visto a sí mismas, históricamente, como “la luz” que, por lo demás, delimita también a “la oscuridad”, que es la “barbarie”; todo aquello que (les) recuerde al indio o al mestizo, quienes siempre habitan y proceden de “zonas oscuras”.

Existe una tradición en Latinoamérica al respecto, relacionada con la innombrabilidad, oscuridad y barbaridad de aquello que surge en los márgenes del centro irradiador de “luz” y “cultura”, que representa la elite. Tiene entre sus primeros representantes a Sarmiento con su dicotomía civilización y barbarie, en el siglo XIX, pero también es recogida y resignificada para simbolizar la exclusión social y la marginalidad por escritores chilenos en el siglo XX: la oscuridad es la metáfora más recurrente de la inexistencia social; la oscuridad en que viven y trabajan los mineros de los cuentos de Baldomero Lillo; los *Hombres oscuros*, habitantes de los conventillos santiaguinos de principios del siglo pasado de Nicomedes Guzmán; la oscuridad en que viven las viejas nanas de las familias oligárquicas chilenas en la casa de los ejercicios espirituales de la Chimba en *El obsceno pájaro de la noche*, de José Donoso, por nombrar algunos de los ejemplos más connotados.

Los otros, quienes no forman parte de la elite, son oscuros, no existen para nadie, y para quien ha cohabitado el centro, la luz, como

es el caso del narrador del relato, el solo hecho de salir de éste, está íntimamente relacionado con el acceso a la oscuridad. Ahora, ¿de qué oscuridad estamos hablando? En su caso, de la oscuridad que para él significa la clase media.

Este descenso a la clase media, está caída desde los bordes de la elite, tiene ribetes fúnebres para el narrador. En este sentido resulta significativa la escena final del relato, en la que el protagonista narra el regreso, de la casa de su hermana y José Raimundo, a su casa, a través de los barrios de Santiago. La descripción se asemeja bastante a un descenso a los infiernos:

Camino hasta Providencia y tomo un micro hasta el centro. Ahí me bajo a estirar las piernas. La noche es cálida y las veredas están llenas de animación. Me detengo en las esquinas y miro pasar los automóviles. Veo rostros conocidos, habituados a la noche, pálidos. Para ellos debo ser otro rostro familiar, parte del paisaje de sus paseos nocturnos; *alguien que no se sabe lo que hace, para qué existe*. Permanezco un rato en los umbrales de los cafés, observando la concurrencia. De repente se oye una frenada estrepitosa y voces airadas, confusas; un motor que vuelve a partir, a toda máquina. Leo los títulos de los libros en los puestos de la feria.

Después de una hora de merodear, atravieso la plaza Bulnes y camino Alameda abajo. Quiero dar una vuelta frente a los prostíbulos de San Martín antes de recogerme. Vivimos en Manuel Rodríguez, no demasiado lejos. Las mujeres de grandes escotes y bocas redondas, rojas, me llaman desde las ventanas. Hay una que me habla en voz baja, con más intención que las otras, y alcanzo a detenerme; no consigo escuchar lo que dice, pero comprendo la mirada procaz y el llamado de los labios entreabiertos, carnosos. Sigo mi camino. Escucho un insulto y veo un gesto despreciativo; alguna que me ha visto pasar en ocasiones anteriores, y no entrar. Doblo y me interno en una callejuela. Desde una ventana en penumbra me solicita una voz de timbre ronco; me cogen un brazo, aprovechando un segundo de vacilación mía. (Edwards, p. 169).

En este fragmento es interesante la presencia intimidante del espacio urbano: la ciudad, el sitio de la civilización, “ordenada”, que, como tal, corresponde al orden establecido y a quienes lo han edificado, es por eso que a este “pobre diablo”, que no sabe para qué existe, este lugar le es un espacio intimidante (Carlos Franz, p. 46).

El narrador se siente “ajeno” en este espacio del centro de la ciudad, con su perfecto plano de damero cuadrículado, que simboliza un orden señorial del que otrora los marginales estaban excluidos⁷. El narrador se siente asediado puesto que sabe que ya no pertenece a él. Sin embargo, este espacio dista mucho de ser el de la elite, pues aparece invadido por prostitutas y otros seres marginales que también asedian al personaje, quien acelera el paso entre gritos, amenazas y agarrones. Está en medio de seres oscuros, sin rostros, sin caras, cuya presencia le resulta amenazante y molesta, pero está en su barrio: “vivimos en Manuel Rodríguez” (Edwards, p. 169).

En este fragmento se nos muestra cómo el narrador ya ha asumido su nueva condición, la que lo “condena” al anonimato social; ha entrado a la oscuridad de la clase media. Podría parecer exagerado pensar que esta oscuridad sea sólo un símbolo de la clase media, pues bien, creemos que la oscuridad a la cual se refiere el narrador tiene muchas más aristas, pero la central es la soledad e incomunicación en que se sume, producto de la pérdida de aquel personaje que le daba sentido a su existencia: su hermana. La pérdida de su hermana es producto de que ella ha entrado al “orden de las familias”, ha cumplido con los ritos de la elite y ha regresado a ocupar un lugar central en ella, mientras él ha fracasado en su intento de desafiar al orden, esto es lo que los separa. El narrador ha caído en la oscuridad de la clase media, lo cual, como ya hemos mencionado, puede parecer algo exagerado, sin embargo no olvidemos que el relato de esta caída está narrado por él, quien se sitúa dentro de la trama como una víctima.

El hermano incestuoso ha intentado contravenir un orden inmutable, ha luchado contra un destino inexorable y, por supuesto, pierde. Él nos presenta su historia como una tragedia, y qué es la tragedia sino la lucha contra un destino inexorable por parte de un personaje “elevado”, quien debe caer de la dicha al infortunio por haber actuado en contra de la voluntad de los dioses o haber cometido un “pecado contra natura” (Aristóteles, *Poética*. 24).

⁷ La idea de que la planificación arquitectónica del centro de Santiago está relacionada con la proyección del orden deseado por la elite ha sido trabajada por Carlos Franz en *La muralla enterrada*, quien, a través del análisis de la novela *Juana Lucero*, muestra cómo una mujer, al entrar a este espacio del centro, proyección del orden de la elite, es rechazada y expulsada violentamente.

El hermano, como mencionamos antes citando a Levi-Strauss, ha cometido “el” pecado contra natura, y cae, desde una situación social de privilegio y desde una posición social visible, en la cual tenía opciones, a la oscuridad, a la invisibilidad. Como dice el mismo narrador al final del cuento: “no engendra milagros”, asumiendo que su condición es irreversible y que el espacio en el que se encuentra es de una desesperante quietud.

Cuando el narrador relata su “ingreso” definitivo a la “oscuridad” al final del cuento, la narración parece descoyuntarse, quebrarse hacia un lirismo desgarrado:

Antes de dormir, en la habitación oscura, pienso en los racimos de mujeres asomadas a las ventanas. Los vestidos se abren y surgen los pechos turgentes, los vientres redondos, marcados por la fatiga.

Me hago la idea de levantarme y partir otra vez a buscarlas. Podría pagar con un cheque. Pienso después en la balsa, en el agua tranquila y engañosa, en tus chillidos. Avanzas en la oscuridad, en el traje de baño de entonces. Tus muslos duros, blancos, en contraste con la tela negra y elástica. La verdad, no voy a salir; prefiero hundirme en la cama y esperar que llegues. Pero no llegas nunca. Te demoras interminablemente en llegar. La otra noche entró mi madre, tartamudeando, fétida a alcohol, indignada contigo porque no vienes a visitarla nunca. “No es muy agradable venir a esta casa de visita”, le dije, y soltó el llanto. Sollozaba y se estremecía entera. Me dio pena, pero tuve que expulsarla de la pieza para que me dejara dormir. En vez de dormir, permanecí con los ojos abiertos en la oscuridad, esperándote. Igual que ahora. A sabiendas de que no ibas a llegar, de que la oscuridad permanecería idéntica, deshabitada, sin engendrar milagros. (Edwards, p. 170).

En este magnífico final del cuento se pueden apreciar bastantes similitudes con el lenguaje poético de *Residencia en la tierra*, de Pablo Neruda, cuya lectura fue fundamental para los autores de la generación del cincuenta, y más aún, para Jorge Edwards, quien mantuvo una estrecha amistad con el poeta. Este particular lenguaje lírico, que se caracteriza por un sistema de símbolos autónomos (Alonso, Yurkievich y Concha), hace eco en el fragmento, para crear un clima de angustia y desesperación: abundan las imágenes cargadas de un erotismo decadente: los “racimos de mujeres”, los “vestidos se abren y surgen los pechos

turgentes, los vientres redondos, marcados por la fatiga”, los cuales se mezclan con *flashbacks* que remiten a un erotismo pleno: “Avanzas en la oscuridad, en el traje de baño de entonces. Tus muslos duros, blancos, en contraste con la tela negra y elástica”. En este lenguaje lírico vemos el último intento desesperado del narrador por articular el dolor de su caída, la magnitud de un sufrimiento que desarticula el orden del discurso, como en la tragedia griega, cuando luego de experimentar la anagnórisis, el héroe trágico no podía más que proferir onomatopeyas.

BIBLIOGRAFÍA

- Edwards, Jorge. *El peso de la noche*. Barcelona: Bruguera, 1967.
 ———. *Las máscaras*. Barcelona: Seix Barral, 1967.
 ———. *Los convidados de piedra*. Barcelona: Seix Barral, 1978.
 ———. *El whisky de los poetas*. Madrid: Alfaguara, 1997.

Crítica sobre la obra de Jorge Edwards

- Hozven, Roberto. “La escritura de Jorge Edwards: Hacia una mimesis solidaria”. *Taller de letras* 36 (2005): 7-37.
 ———. “Imbunche y apellido en la narrativa de Jorge Edwards”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 664 (2005): 73-79.
 ———. “El Inútil de la familia de Jorge Edwards: Cinco sorpresas narrativas”. *Revista Iberoamericana* 218-219, Vol. LXXIII (2007): 339-346.
 Schopf, Federico. “La narrativa de Jorge Edwards”. *Studi de la letteratura hispano-americana*, 9 (1979): 23-41.

Bibliografía teórico-metodológica

- Álvarez, Ignacio. “Leonidas Morales: Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit”. *Anales de Literatura Chilena* 5 (2004).
 Aristóteles. *Poética*. Madrid: Alianza, 2000.
 Cerda, Carlos. *Donoso sin límites*. Santiago: Lom, 2001.
 Candina, Azún. *Por una vida digna y decorosa. Clase media y empleados públicos en el siglo XX chileno*. Santiago: Frasis, 2010.
 Culler, Jonathan. *Barthes, a very short introduction*. Oxford: Oxford University Press, 2009.
 Correa, Sofía, Consuelo Figueroa, Alfredo Jocelyn-Holt, Claudio Rollé y Manuel Vicuña. *Historia del Siglo XX chileno*. Santiago: Editorial Sudamericana, 2001.
 Dendle, Brian. “La última obra de Mauricio Wacquez: *Epifanía de una sombra*”. *Revista Chilena de Literatura*, 60 (2002).
 De Ramón, Armando. *Santiago de Chile: Historia de una sociedad urbana*. Santiago: Catalonia, 2008.
 Franz, Carlos. *La muralla enterrada*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 2001.

- Godoy Gallardo, Eduardo (ed.), *La generación del 50' en Chile: historia de un movimiento literario (narrativa)*. Santiago: La Noria, 1991.
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: Ed. Universitaria, 1982.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. "La literatura hispanoamericana de fin de siglo". En Luis Iñigo Madrigal (comp.), *Historia de la literatura hispanoamericana: Del neoclasicismo al modernismo*. Vol. 2. Madrid: Cátedra, 1987.
- Levi-Strauss, Claude. *Estructuras elementales del parentesco*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- Montecino Aguirre, Sonia. *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*. Colaboración de Luz Philippi, Diego Artigas, Alexandra Obach. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana, Biblioteca del Centenario, 2004.
- Morales, Leonidas. *Novela chilena contemporánea: José Donoso y Diamela Eltit*. Santiago: Cuarto Propio, 2004.
- Salerno Fernández, Nicolás. "Neruda: Sus críticos y sus biógrafos". *Estudios Públicos*, 94 (2004).
- Stabili, María Rosaria. *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Traducción de Paula Zaldívar. Santiago: Editorial Andrés Bello y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- Villalobos, Sergio. *Origen y ascenso de la burguesía en Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1990.

~ ~ ~